

El ajedrez verbal de

Juan José Arreola

(o el miligramo milagroso de las letras mexicanas)

Marco Leyva

Uno. Había una vez un memorioso

Juan José Arreola fue un juglar que supo hacer de los malabares verbales, trucos y las noticias del imposible, su mejor oficio; contaba o cantaba con un esmero artesanal, cada una de sus historias.

Su intención fue trabajar la materia del lenguaje: «violentar las palabras, ponerlas en predicamento para que expresen más de lo que expresan... Para mí el lenguaje, aunque esté estampado en el papel, no es silencioso: de él y desde él se propagan sucesivas sonoridades. Sé que cuando uno construye una bella frase (en este punto tenía razón André Gide) un pensamiento todavía más bello viene a habitarla, no porque esta frase esté vacía, sino porque es una nostalgia del espíritu que aspira a una concreción de belleza» dijo este autodidacta, quien cursara cuatro años de primaria únicamente, para luego trabajar de empleado de mostrador, aprendiz de encuadernador, zapatero, vendedor, etc... Lee furtiva y furiosamente a deshoras, prematuro, a Alonso Quijano. Su vida es en sí una novela: llega a la ciudad de México en 1936 con 13 pesos en la bolsa, conoce a Octavio Paz y a secuaces que editan la revista *Taller*. Luego viene sus viajes a Europa y otras peripecias, pero eso es parte de *otra historia*...

Dos. El miligramo milagroso (breve homenaje al hallazgo de la vida)

«Una hormiga —cuenta Arreola en su cuento «El prodigioso miligramo»— censurada por la sutileza de sus cargas y por sus frecuentes distracciones, encontró una mañana, al desviarse nuevamente del camino, un prodigioso miligramo». Milan Kundera en «La insoportable levedad del ser» habla del peso en la vida, del peso negativo el que nos aplasta y del peso positivo que nos hace fuertes, esa hormiguita cargaba un peso positivo, que daba gusto llevar, sólo que las otras hormiguitas la creían loca, por creer que ese granito de algo brillante, raro y escaso era lo más importante en su vida, y la encierran por demente. En la soledad de su celda la hormiguita pulió y pulió su miligramo hasta agotar su energía vital y muere. «El prodigioso miligramo brillaba en el suelo, como un diamante inflamado de luz propia». La hormiga pasó de holgazana a leyenda. Pronto aparecieron falsos prodigiosos miligramos. La colonia de hormigas se sumió en el caos, pues nadie quería trabajar y la especie, según Arreola, desaparecería pronto « y solamente nos quedaría, encerrado en dos o tres fábulas ineficaces, el recuerdo de sus antiguas virtudes». 

MARCO LEYVA

(Xochimilco, México, DF, año del perro en el zodiaco chino)Estudió Letras Hispánicas en La Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Publica poesía en la revista «Bluzas Pajizas» de Chiapas, México. Ha participado en la lectura de sus propios poemas en el Encuentro de Poesía clásica y moderna en la Facultad de Filosofía y Letras, patrocinada por la revista «Mensajero» y dicha facultad. Ha leído obra suya en la casa Jaime Sabines en San Ángel y publica en la revista «La Pluma del Ganso». Ha colaborado en «Milenio semanal» en la sección «Perversión de la mirada» Actualmente publica en la Revista «Libélula Nocturna» del DF. Prepara un libro de cuentos sobre la importancia de los cuatro elementos alquímicos primigenios (agua-tierra-fuego-viento).

marcoleyva@yahoo.com.mx